

La feminización del trabajo asalariado en los cultivos de exportación no tradicionales en América Latina: efectos de una flexibilidad «salvaje»

Sara María Lara Flores

El campo latinoamericano está involucrado actualmente en un proceso de reconversión productiva que afecta a todos los sectores de la economía configurando nuevas relaciones de producción que amplían la participación femenina, sobre todo en el trabajo asalariado.

En este trabajo nos interesa analizar cómo el proceso de reconversión productiva de la agricultura latinoamericana, producto del reordenamiento del sistema agroalimentario mundial y de la nueva división internacional del trabajo, se acompaña de una feminización del asalariado rural que interviene en la producción y el procesamiento de los cultivos de exportación «no tradicionales», como son los de las flores, las frutas y las hortalizas.

Sostenemos como hipótesis que, en la década actual, esta feminización se vincula estrechamente con un nuevo modelo productivo orientado hacia el exterior, el cual hace descansar las ventajas comparativas del sector agroexportador latinoamericano en el clima, los recursos naturales y la existencia de una mano de obra no sólo barata sino sumamente flexible gracias a la cual puede suplir la falta de tecnología y los problemas de acceso a un mercado dominado por las empresas transnacionales.

El reordenamiento del sistema agrícola mundial y la nueva división internacional del trabajo

Desde el período de la posguerra, y hasta entrada la década de los sesenta, la producción agropecuaria de varios países latinoamericanos se orientó a apoyar el proceso de industrialización sustitutiva, aportando materias primas y alimentos para una población urbana en constante expansión.

Varios estudios (véase Bartra, 1977; Gutelman, 1974; Hewitt, 1978) han ilustrado el papel que jugó la agricultura mexicana durante más de 30 años como proveedora de alimentos baratos para una población urbana en constante expansión, de materias primas para la industria de transformación, y como generadora de divisas a través de las exportaciones agrícolas tradicionales que permitieron mantener una balanza comercial con saldos favorables.

En Chile, por su parte, de 1929 hasta comienzos de la década de los sesenta, se aplicó un modelo de crecimiento «hacia adentro» que impulsaba una serie de políticas de precios, subsidios, comercio exterior, transporte y otros, creando las condiciones para llevar adelante un proceso de concentración urbana y de industrialización (Gómez/Echeñique, 1988; Valdés, 1993).

A nivel internacional, Blanca Rubio (1995) analiza cómo la agricultura latinoamericana cumplió también la función de proveedora de materias primas para el sector manufacturero. Los países dependientes se orientaban a la exportación de productos «tropicales», entre los que destacaba como cultivo de vanguardia el algodón, mientras los países desarrollados aportaban al mercado bienes de clima templado.

Bajo este modelo de desarrollo, la producción agrícola tuvo un carácter masivo. Primero, porque se destinaba básicamente al consumo de amplios sectores de la población. Segundo, porque el desarrollo industrial exigía grandes volúmenes de productos susceptibles de transformarse a bajos precios. Pero, sobre todo, porque esta vocación del sector agrícola suponía una producción en constante expansión.

Las reformas agrarias de varios países latinoamericanos, y el desarrollo de métodos y tecnologías tendientes a elevar la productividad, como la «revolución verde» (Hewitt, 1978; Paré, 1975), permitieron apoyar este proceso (1). Gracias a ello pudo satisfacerse la demanda efectiva de alimentos a bajos precios, con un mínimo de importaciones de productos agrícolas y mantener bajos los salarios (2).

El carácter masivo de esta producción se tradujo en una importante concentración de recursos que marginó a los pequeños campesinos en una agricultura de tipo doméstico y de autosubsistencia. Mientras tanto, las grandes propiedades privadas, contando con el apoyo de los Estados, pudieron acaparar recursos (tierras de mejor calidad, agua, créditos, subsidios, etc.) y reorientar su producción hacia los cultivos comerciales de mayor demanda y altos rendimientos, lo que generó una importante polarización social y económica en la mayor parte de los países de la región (Bengo, 1979; CEPAL, 1986; Hewitt, 1978).

Pese a que las desigualdades económicas y sociales se aceleraron en el medio rural, bajo este modelo de crecimiento el proceso de industrialización permitió conformar una clase trabajadora urbana con un nuevo estilo de consumo que amplió el mercado interno. La expansión, por toda América Latina y otros países del Tercer Mundo, de las empresas transnacionales dedicadas al procesamiento de alimentos contribuyó, aún más, a desarrollar este tipo de agricultura.

Durante la década de los setenta, estas empresas extendieron sus filiales allí donde existían importantes mercados potenciales, recursos abundantes y políticas favorables para el capital extranjero. La disponibilidad de tierras, de mano de obra y de materias primas baratas, convirtió a América Latina en un espacio privilegiado para el capital transnacional, sobre todo para el procesamiento de alimentos de

1. En México los rendimientos de maíz prácticamente se duplicaron entre 1940 y 1970, pasando de un promedio de 565 kg/ha. a 1.194 kg/ha., y los de trigo casi se triplicaron, pasando de 772 kg/ha. a 2.817 kg/ha. Al mismo tiempo, entre 1940 y 1950, el incremento en el uso de maquinaria (tractores, combinadas, cosechadoras, etc.) fue espectacular. Según Cythia Hewitt, el valor de la maquinaria agrícola poseída por los grandes agricultores se quintuplicó durante este período, se duplicó en los ejidos y aumentó dos veces y media en las pequeñas explotaciones privadas. En la década siguiente este crecimiento fue menos espectacular pero se mantuvo a una tasa promedio anual de 8,5%. De la misma manera, el uso de fertilizantes creció tan sólo en diez años (1950-60) catorce veces (Hewitt, 1978).

2. En 1945 las importaciones de productos agrícolas ascendían al 13,9% de todas las importaciones, en 1950 éstas se habían reducido al 8,8% y al 3,7% en 1955, lo que permitió orientar las divisas a la compra de maquinaria y tecnología en el extranjero (Hewitt, 1978; p. 101).

alto valor agregado como frutas y hortalizas, productos cárnicos y lácteos, forrajes, jugos y bebidas, entre otros. En tanto que fue desplazándose la producción de cultivos básicos, especialmente de cereales y de otros productos de consumo popular, proceso que se acompañó de un cambio en el patrón alimentario que se hizo extensivo a las clases populares (3).

Es importante resaltar el carácter masivo de la producción de este período, y la tendencia a su homogeneización, en gran parte como resultado de las exigencias de las empresas procesadoras para contar con un abastecimiento regular de productos estandarizados, y también como producto de la implantación de paquetes tecnológicos difundidos por las grandes corporaciones transnacionales a través de la «revolución verde». Además, las agroindustrias y las empresas agroexportadoras incorporaron toda una serie de métodos taylorizados y fordistas para la transformación y acondicionamiento de productos agrícolas, a través del uso de cadenas, bandas y transportadores en las plantas procesadoras y en los empaques de productos frescos. A la vez que establecieron sistemas de trabajo de tipo industrial muy diversos, según la magnitud de las empresas.

No obstante, en la década de los ochenta, varios fenómenos que se suscitan a nivel mundial provocaron un cambio en las tendencias de la producción. La entrada de la CEE al mercado mundial como potencia agroexportadora, la caída de los precios del petróleo y el endeudamiento de gran parte de los países del Tercer Mundo, así como una serie de políticas proteccionistas en los países europeos, restringieron las exportaciones mundiales y generaron una enorme cantidad de excedentes agrícolas, situación que condujo al derrumbe de los precios y a la recesión de una parte importante de los mercados.

Entre otros elementos que propiciaron esta situación en el mercado internacional, caben destacar las dificultades que comenzaron a enfrentar los llamados cultivos tradicionales de exportación, como el algodón, el henequén y el azúcar, al ser sustituidos por productos sintéticos. En el caso del café, el tabaco y el cacao, la entrada al mercado mundial de los países africanos que inundaron el mercado, y la reducción en la demanda, debida a la crisis, dificultó su comercialización (Rubio, 1995). De esta manera, la inserción de los países latinoamericanos al mercado mundial, a través de los productos tropicales que constituyeran materias primas para el sector industrial de los países desarrollados, pierde importancia.

Según Blanca Rubio (1995), a partir de ese momento la producción agrícola dejó de cumplir un papel básicamente nacional y entró a la lógica de la internacionalización bajo una nueva división del trabajo. En ella, los países desarrollados mantienen la preponderancia mundial del mercado cerealero (4) y con ello la

3. Se trata de la sustitución de una alimentación tradicional, por productos enlatados, cereales precocidos, platillos congelados, confitería, bizcochos, jugos, néctares, y otros alimentos tipo «chatarra» (papas fritas, tostadas, etc.) que se publicitan ampliamente bajo diversas marcas (Arroyo, 1979). En México, por ejemplo, se desarrolla ampliamente el consumo de bebidas gaseosas que se integra a la dieta de la población de bajos ingresos, consumiéndose aproximadamente cinco botellas semanales por habitante (Burbach/Flynn, 1979).

4. Tan sólo Estados Unidos, Canadá, Francia y Alemania exportan el 70% del trigo en 1990; Estados Unidos y Francia producen el 79% de las exportaciones mundiales de maíz (Rubio, 1995).

hegemonía política, mientras los países latinoamericanos se convierten en importadores netos de granos, base del consumo popular, y se insertan al mercado internacional como proveedores de una serie de productos suntuarios o de lujo.

Esta producción, lejos de orientarse a cubrir necesidades alimentarias de la población, busca dinamizar los mercados estimulando un consumo banal que sigue los caprichos de las modas (5), y se destina básicamente a cubrir la demanda de una población reducida compuesta principalmente por las clases medias y altas de los países ricos (6). Es el caso de la producción en Chile de nectarines, manzanas, ciruelas, kiwis y uvas de mesa (Gómez/Echenique, 1988; Rodríguez/Venegas, 1989; Valdés, 1988); de la producción de flores de corte, plantas y follaje en Colombia, Costa Rica, Ecuador, y recientemente en México (Lara/Becerril, 1995; Bolaños/Rodríguez, 1988, Waters/Salamea, 1994); o de la producción de una gran variedad de hortalizas en México, Costa Rica y Guatemala y Argentina (Barrón, 1990, 1993; Benencia, 1993; Lara, 1992b).

El desarrollo de las exportaciones agrícolas no tradicionales y la feminización del asalariado rural

La participación de las mujeres como asalariadas en la producción y procesamiento de hortalizas, flores y frutas no es reciente, y varios estudios dan cuenta de ello para diferentes países latinoamericanos (ver Lara, 1990). Aunque esta participación incluye el trabajo de las mujeres en las actividades de campo, especialmente en la cosecha de productos, es en los empaques de productos frescos y en las agroindustrias en donde parece haberse concentrado su intervención.

Cuando el sector agroexportador crece y las transnacionales dedicadas al procesamiento de alimentos se extienden en América Latina, se desarrolla un esquema de organización del trabajo basado en una división sexual de tareas, que sirve de base para la introducción de los nuevos sistemas de empaque y transformación. La construcción de verdaderas fábricas de acondicionamiento de hortalizas en Sinaloa (Lara, 1993), de empresas empacadoras y congeladoras de fresa en Michoacán (Arizpe/Aranda, 1981), la instalación de modernos *packings* de fruta en la Comuna de Santa María, en Chile (Aranda, 1982; Rodríguez/Venegas, 1989; Valdés, 1988), y de flores en la Sabana de Bogotá, Colombia (Medrano, 1982; Silva, 1982), se acompañan de una importante incorporación de mano de obra femenina.

Dentro de estos espacios se introducen una serie de máquinas, cuya finalidad es

5. En el caso de las flores, se trata de modas en las que intervienen incluso los grandes estilistas europeos (Ives Saint-Laurent, Christian Dior, etc.), dictando los colores y las variedades. Mientras que en las hortalizas han surgido modas que propician el consumo de productos naturales, supuestamente más dietéticos y sanos, o de ciertas comidas que resultan «exóticas», como la comida china, la japonesa y la mexicana. En algunos casos, se trata de ciertas hortalizas, como el tomate *cherrie* o el perejil chino, que sirven simplemente para adornar los platillos.

6. Tan sólo Alemania, Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Japón, y Canadá concentran el 54% de la importaciones mundiales de hortalizas.

darle acabado y presentación a las frutas, las flores y las verduras que se exportan en fresco o se transforman. Así, aparecen las cribadoras y las calibradoras para seleccionar los productos por tamaño; las rellenadoras y desinfectadoras para garantizar su higiene; las enceradoras, selladoras y etiquetadoras que dan el acabado final; todas ellas conectadas entre sí por medio de bandas y transportadores, que en los empaques más modernos son accionados por medio de computadoras. En las agroindustrias se instalan también máquinas de lavado, relleno de latas, enfriadoras, pasteurizadoras, selladoras, etiquetadoras y otras.

El trabajo de las mujeres, en la mayoría de los casos, consiste en tareas parcializadas y repetitivas como lo es la alimentación manual de estas máquinas; en tanto que la mano de obra masculina es la responsable de ponerlas en operación, de realizar el mantenimiento y la supervisión de las mismas. Por otra parte, dado que se trata de productos, cuyo resultado depende en gran parte de la naturaleza, el trabajo de las mujeres es el que asegura la calidad del acabado y la presentación. Son ellas las que, con sus ojos y sus manos, van a suplir todas aquellas dificultades de las máquinas para seleccionar los productos, observar pequeñas imperfecciones en ellos, distinguir con precisión grado de maduración, color y tamaño de las frutas y las verduras, o punto de apertura en los botones de las flores, según lo demanda el mercado (7). Así mismo, ellas van a limpiar, pelar y picar manualmente las verduras y las frutas que se enlatan, aún en las plantas procesadoras más modernas.

A principios de la década de los ochenta, aparecieron en América Latina varios estudios que destacaban el proceso de feminización del asalariado rural, analizando las condiciones de vida y de trabajo de las mujeres que participan como asalariadas en este sector (ver Arizpe/Aranda, 1981; Deere/León, 1986; León, 1982; Medrano, 1982; Roldán, 1981; Rooner, 1981; Silva, 1982). Más tarde, Carmen Diana Deere y Magdalena León (1986), realizaron una síntesis de lo que significó en esa década la incorporación de las mujeres como asalariadas. Según señalan, en todos los casos que reseñan se encontró que las mujeres ocupaban los puestos más inestables, con empleo temporal, pagadas por tarea o «a destajo», situación por la cual las mujeres necesitan intensificar sus esfuerzos para alcanzar las mismas metas que los hombres. Concluyen que la integración de las mujeres al trabajo en este sector no había significado un cambio radical en sus condiciones de vida ni en su posición social.

A pesar de ello, o justamente porque las mujeres ofrecían, desde entonces, ventajas para las empresas, se desarrolló ampliamente en esa década y hasta la fecha su participación en el sector agroexportador y agroindustrial de varios países latinoamericanos.

En Chile, la producción de fruta se inicia en la década de los sesenta, impulsada

7. En el caso del tomate, por ejemplo, es necesario distinguir varios tamaños, siendo muy severas las determinaciones de las medidas que debe tener el tomate que se destina a exportación (calidad US1). A la vez, en el mercado se pueden solicitar tres tipos de colores que marcan el grado de madurez del producto: verde, rayado y rojo. Normalmente se exporta en verde o rayado. En cuanto a las flores, especialmente en las rosas, existe también una exigencia en el punto de apertura del botón (A, doble AA y otras).

por el Plan Frutícola de CORFO. La superficie plantada aumenta de 66.000 ha en 1974 a 178.000 ha en 1992, generando un incremento de la producción de 500.000 t. a 2,3 millones de toneladas en el mismo período, en tanto que las exportaciones pasan de 60.000 a 1,2 millones de toneladas (Jarvis et al., 1993). No obstante, es en la década de los ochenta cuando registra un crecimiento súbito y acelerado, sobre todo en los valles nortinos (8). De esta manera, Chile se coloca como líder mundial en la exportación de fruta fresca, participando con el 14% de las exportaciones mundiales y aproximadamente con la mitad de la producción generada en el hemisferio sur (Jarvis et al., 1993).

Según Sylvia Venegas (1992), el total de trabajadores y trabajadoras que participan actualmente en la fruticultura chilena asciende casi a 300.000 personas, que representan más de un tercio de la fuerza de trabajo agropecuaria del país y un 60% de los asalariados del sector. La mayoría de estos trabajadores son temporeros (84% del total en el período de máxima demanda), entre los cuales las mujeres representan alrededor del 52%, cifra que asciende a 125.000 trabajadoras. Ellas laboran principalmente en los *packings*.

En el mismo rubro de la fruticultura, la expansión que se ha dado en Argentina y en Uruguay ha sido muy significativa. En Argentina, en el Alto Valle del Río Negro y Neuquén, lugar donde se concentra la producción de peras y manzanas, durante la década de los ochenta la producción osciló de 800.000 a 1.000.000 de t. de manzanas, lo que significa un crecimiento anual de 0,64%, y la de peras pasó de 130.000 a 250.000 t. en el mismo período, con una tasa anual de 5,51%. Una parte importante de esta producción se orienta a la exportación en fresco hacia Europa y Brasil, o a la elaboración de jugos concentrados que se exportan hacia Estados Unidos (Bendini et al., 1994). En Uruguay destaca la producción de uva, duraznos, peras, ciruelas y membrillos, que se concentra en la región de Canelones y Montevideo. Esta producción también se ha ido incrementando notablemente en la última década (Chiappe/Piñeiro, 1994).

En cuanto al empleo, el estudio de Bendini y otras autoras (1994) señala que el circuito frutícola argentino involucra actualmente a 30.000 trabajadores directos, de los cuales aproximadamente 11.000 son mujeres. Por su parte, la frutivicultura uruguaya, que muestra una alta intensidad en la utilización de mano de obra, concentró en 1980 el 11% de los trabajadores rurales del país, y la horticultura al 15%. Las mujeres participan en las tareas de raleo, cosecha, clasificación, empaquetado y encajonado de fruta (Chiappe/Piñeiro, 1994).

En el caso de la producción de flores, indudablemente destaca Colombia como el segundo país exportador a nivel mundial, después de Holanda. Este país inicia la producción de flores en 1969 con pequeñas superficies dentro de la Sabana de Bogotá y en 1980 ya había plantadas 800 ha de invernadero; para 1990 éstas ascendían a 3.200, en tanto que las exportaciones de flores habían pasado de 11.535 t. en 1975 a 92.722 t. en 1990. Se calcula que en 1990 este sector había dado

8. En Copiapó alcanza tasas de crecimiento del 22% anual, en los valles de Elquí y del Limarí las tasas fueron del 17% y del 19%, respectivamente (Venegas, 1992).

empleo a no menos de 85.000 personas, de las cuales 70% eran mujeres (Arango, 1985).

En el caso de México, el *boom* de la floricultura se da en los ochenta, pasando de 205 ha de invernadero a 400 ha que se cultivan actualmente. El estado de México es el lugar donde se concentra el 75% de la superficie total cultivada bajo invernadero. A pesar de que se trata de un sector aún pequeño, cabe destacar su dinamismo ya que el 95% de esta producción se destina a la exportación, principalmente hacia Estados Unidos. Además, se calcula que en estas 400 ha se había dado empleo, durante todo el año, a más de 7.000 personas, de las cuales entre el 70% y el 80% son mujeres. Ellas participan tanto en la producción, dentro de los invernaderos, como en el empaque y clasificación de flores (Lara, 1994; Lara/Becerril, 1995). También en Ecuador la producción de flores ha crecido notablemente en la última década, junto con otros cultivos no tradicionales como verduras y frutas frescas, cuyas exportaciones se duplicaron entre 1986 y 1989, y aumentaron más de cuatro veces entre 1985 y 1990, lo que ha incrementado el empleo femenino (Waters/Salamea, 1994).

En cuanto a las hortalizas, las exportaciones en México ascendieron en 1970 a 14,3 millones de dólares, aumentaron a 166 millones en 1980 y en 1990 llegaban a 460,6 millones de dólares (Rubio, 1995). Tan sólo en el caso del tomate fresco, estos valores fueron de 35,0, 166 y 428 mmd. en los mismos períodos (Piñones/López, 1994). El empleo generado en este sector también ha ido en ascenso. Según datos de la Unión Nacional de Productores de Hortalizas, mientras en 1982 se calculaba que la horticultura había creado 350.000 empleos, en 1990 se había empleado un total de 1.200.000 trabajadores, de los cuales 950.000 se ubicaron en las actividades directas de predio y empaque, y 250.000 en actividades indirectas de transporte y comercialización (UNPH, 1982; CNPH, 1990).

Sabemos, por estimaciones hechas por el Programa Nacional de Solidaridad con Jornaleros Agrícolas (PRONSAJ, 1989 y 1991) y por otras investigaciones de campo en regiones productoras de frutas y hortalizas (Barón, 1990; Suárez, 1993; Lara, 1992), que existe una importante participación femenina en la cosecha de estos productos, pero en la selección, empaque y acondicionamiento las mujeres representan aproximadamente el 90% de la mano de obra contratada.

Mientras el rubro de las exportaciones de productos no tradicionales se ha ido incrementando en varios países latinoamericanos, los productos de exportación tradicionales y los cereales o granos han perdido dinamismo. De acuerdo con datos analizados por Blanca Rubio (1995), el valor de las exportaciones del sector de frutas y legumbres en América Latina, que en 1970 representó el 10,19% del total de las exportaciones agrícolas de la región, ascendió al 22,97% en 1990, en tanto que en ese mismo período la producción de café, cacao, té y especias pasó del

9. En México, el algodón que tuvo una importancia fundamental para el desarrollo del país, en particular como medio de obtención de divisas, declina estrepitosamente. Mientras que entre 1955-1968 se sembraron en promedio 824.000 ha y se tuvo una producción anual de 2,3 millones de pacas (5,1% de la producción mundial), en el ciclo productivo 1992-1993 la producción ascendió a 133.000 pacas y se sembraron solamente 43.000 ha (Echanove, 1994). Salamea/Waters analizan el comportamiento de la producción de banano en Ecuador, dentro de este mismo libro.

29,84% al 17,08%, la de caucho natural de 0,13% a 0,06% y las fibras textiles de 8,94% a 3,80% (9). En lo que se refiere a la producción de cereales, la tasa de crecimiento anual de las exportaciones, que en 1970 era de 10,75% descendió a -2,32% en 1991.

El impacto que ha tenido este cambio en el patrón de cultivos sobre trabajo amerita un análisis particular para cada país, pero el descenso de las exportaciones de cereales y de productos de exportación tradicionales han limitado el empleo en ese sector. Mientras que el desarrollo de la producción de frutas, hortalizas y flores ha generado una demanda importante de fuerza de trabajo, y una creciente participación de mano de obra femenina que interviene principalmente en el empaque y acondicionamiento de esos productos. En este sentido es que hablamos de una «feminización» del asalariado rural en la región.

Reestructuración productiva y competencia desleal

A pesar de que se extiende a gran velocidad por toda Latinoamérica la producción de cultivos de exportación no tradicionales, amparada en un esquema de ventajas comparativas, su inserción al mercado mundial no es evidente. Los productores latinoamericanos se enfrentan actualmente a un clima de fuerte competencia, y es que, a diferencia de otras décadas, actualmente los países desarrollados se convierten en sus principales competidores en el mercado de productos no tradicionales (10).

Este problema tiene que ver, de un lado, con el surgimiento de bloques comerciales y la instauración, en su interior, de mecanismos proteccionistas (11). De otro lado, se relaciona con las nuevas estrategias de las empresas agrícolas transnacionales, que han reorientado sus inversiones hacia los países desarrollados en donde encuentran una población con mayor capacidad de compra, y hacia los sectores productivos con mayor valor agregado (12). De esta manera, se han introducido a las ramas agrícolas de cultivos no tradicionales, aunque no abandonan la producción masiva, especialmente de cereales y productos cárnicos (Green, 1989).

10. De acuerdo con datos de Blanca Rubio (1995, p. 33), en 1990 «Estados Unidos era el primer exportador de frutas frescas a nivel mundial, el segundo de carne y el quinto de tomate. Francia era el tercero de carne y el primero de manzanas. Alemania era el cuarto de carne, el tercero de frutas en conserva, el cuarto de papas y el séptimo en conservas y legumbres. Holanda era el primero de legumbres, flores, papas y tomates. España el segundo de frutas frescas y legumbres, por mencionar los más importantes».

11. En el caso de la fruta proveniente del hemisferio sur, que se dirige a Europa, la CEE ha establecido cuotas y aranceles que le permiten regular su entrada (Jarvis, et al., 1993), mientras que en el caso de las flores mexicanas el TLC fijó un arancel para las rosas mexicanas, que es la variedad que más se exporta hacia ese país y que sólo se desgravará en 15 años.

12. Varias empresas instaladas en el Tercer Mundo se reubican en los países desarrollados en donde las ventas se incrementaron (particularmente en Estados Unidos aumentaron en 249%), mientras que decrecieron en los países no desarrollados, especialmente en África y en América Latina. Por ejemplo Unilever, que tenía el 20% de su facturación en África y el 12% en Estados Unidos, entre los años cincuenta y sesenta, para los ochenta reduce a 8% en África y se incrementa a 18% en Estados Unidos (Green, 1989).

Otro elemento que interviene en esta situación es que las empresas transnacionales han desarrollado un interés particular en la comercialización de productos selectos (13), más que en su elaboración, apoyándose en grandes campañas publicitarias (Green, 1989). Así, controlan la producción agrícola mundial, sin necesidad de invertir directamente en ella. En este sentido, la competencia de los países latinoamericanos no sólo consiste en una lucha por las mismas plazas comerciales, sino por ingresar a esos mercados controlados por las compañías comercializadas.

Las estrategias de los productores latinoamericanos para volverse competitivos han sido muy variadas, y es aquí donde resalta la cuestión de que el proceso de globalización no tiene un impacto homogéneo en todos lados. Bien al contrario, genera una diversificación que resulta de las distintas respuestas que dan los actores sociales a esta situación, basándose en recursos locales. Así, los productores parten de sus condiciones ecológicas, demográficas, económicas, políticas y culturales, y desde allí elaboran estas estrategias. En tanto que las empresas transnacionales tienen que luchar en cada espacio para dominar sus esferas de influencia y de inversión (Long, 1994).

La reestructuración productiva del sector agrícola latinoamericano ha seguido caminos propios que tienen que ver con una historia particular y con situaciones concretas, si bien se detectan elementos en común. Entre éstos, la orientación de la producción hacia los cultivos de exportación no tradicionales, aunque eso no implica el abandono de productos tradicionales (14); la diversificación de cultivos; la concentración de la producción en las grandes empresas, aún si se mantienen las medianas y pequeñas explotaciones; la incorporación de nuevas tecnologías y la reorganización de los procesos de trabajo.

Ante el riesgo constante de saturar los mercados y provocar el derrumbe de los precios, las empresas tratan de no inundar los mercados con un mismo tipo de productos. Buscan diversificar su producción y orientarla a cubrir demandas específicas. De este modo, intentan acceder a nichos de mercado que se crean sobre todo para complementar la producción de los países ricos, complementariedad que a veces se limita a la temporada invernal, cuando la producción local de los países desarrollados es insuficiente.

En México se detectan actualmente al menos 90 variedades de hortalizas que se

13. Luis Llambí (1993, p. 8) plantea que: «el abordaje típico es establecer, en un primer momento, sólo relaciones mercantiles mediante el empleo de intermediarios o corredores (*brokers*) locales. Más tarde, y gradualmente, buscan asociarse con empresas locales a través de formas altamente flexibles de financiamiento como el otorgamiento de licencias, los contratos de suministro de largo plazo, o los acuerdos de tipo *joint venture*».

14. Waters/Salamea (1994) señalan la importancia que sigue teniendo en Ecuador la producción de banano, que si bien se ha reducido en superficie, ha incrementado sus rendimientos al 100% en la última década.

15. Algunos de estos productos —como, por ejemplo, kailán, bok shoi, yan shoi y otros— ni siquiera aparecen en las estadísticas, porque su cultivo es muy reciente y se producen como pequeños lotes (Caraveo, 1991). En el estado de México se han diversificado enormemente las variedades de rosa, produciéndose al menos ocho, y otras 12 nuevas especies algunas de las cuales se envían directamente a Japón (Lara/Becerril, 1995).

producen en el noroeste del país (15) para exportarse principalmente en invierno a Estados Unidos. En la floricultura se ha desarrollado una amplia gama de variedades de rosa, así como otras nuevas especies como *gypsophila*, *statis*, *gerbera*, *limonium*, *liatris*, etc., que complementan la producción norteamericana de esas mismas especies en temporada alta (Lara/Becerril, 1995). En Chile, según Sylvia Venegas (1992), la diversificación de la fruticultura se nota principalmente en los valles de Maipó, Cachapoal y Teno-Lontué, en donde desde los años ochenta se muestra una tendencia a producir otros frutales además de la uva de mesa que se mantiene como producto principal en el país, especialmente en los valles nortinos.

Una característica dominante del sector, en la situación actual, es la tendencia a la concentración en unas cuantas empresas. En Uruguay, Chiappe/Piñeiro (1994) señalan que para 1961 había más de 6.000 establecimientos produciendo manzana deliciosa, mientras que en 1980 eran 3.455 los productores de todas las variedades de manzana. En Argentina, Bendini et al. (1994) encuentran hoy en día que sólo el 2,8% del total de las empresas son las que comercializan el 24% de la producción de manzanas frescas. En tanto que en México, la floricultura de exportación se encuentra a la fecha en manos de unas 50 empresas de las cuales sólo 17 tienen perspectivas de crecer, la mayoría de ellas porque están integradas a un consorcio en donde operan de manera coordinada (Lara/Becerril, 1995).

En algunos casos encontramos que esta concentración de capitales se asocia a una concentración de la tierra. En Chile, por ejemplo, Venegas (1992) plantea que en la década de los ochenta el 48% de las empresas había comprado más tierras; este porcentaje se eleva al 78% después de 1980; las superficies que compraron en promedio superan las 100 ha. Sin embargo, también se detectan otras formas de operación más flexibles de las empresas, que no implican la compra de tierras. En México, por ejemplo, compañías comercializadoras y transnacionales controlan la producción de exportación a través de formas de subcontratación o «agromaquila» (Caraveo, 1991). Esta modalidad permite aprovechar las ventajas comparativas del país y bajar los costos, descentralizando ciertas partes de los procesos de trabajo (16). Mediante estas modalidades de inversión, las compañías agroalimentarias aportan la tecnología y a veces el capital, pero sobre todo se encargan de la comercialización, mientras que los productores nacionales toman a su cuenta la producción, la selección y el empaque. Otra estrategia ha sido la integración de las distintas fases productivas, por parte de las empresas más grandes, en particular las que se refieren al empaque y acondicionamiento. Pero, sobre todo, se busca actualmente acceder de manera directa al mercado, lo que muy pocos consiguen.

Las empresas florícolas colombianas que logran controlar las exportaciones a Estados Unidos son aquellas que cuentan con una terminal floral refrigerada de

16. Según Gómez/Caraveo (1991), en 1986 existían en México 14 establecimientos de maquila de exportación, participando en los rubros de selección preparación, empaque y enlatados. Entre ellas, se encuentran las siguientes transnacionales: Sanbonmatsu, El Centro Vessey y Cia., Sanborn Inc, Castle and Cook Inc., Agree Sales, Produce Specialists, Guimarra, Peter Aguirre, Bud de California, Driscoll Strawberry Associates Inc., Tanimura and Antle, Oshita Marketing Inc. En el estado de Sonora, en esta misma fecha operaban tres compañías: Hitachi, Pepsico y Mitsubishi.

5.000 m² en el aeropuerto de Bogotá, una flotilla de aviones privados y un gran almacén en Miami en donde reciben los embarques (Lara, 1994).

En Chile, tan solo seis empresas controlaban en 1986 el 52% del monto total de cajas de fruta exportada, y de ellas tres son compañías transnacionales dedicadas a la comercialización mundial de frutas y hortalizas (17).

La reconversión productiva indudablemente ha comprendido también una serie de cambios tecnológicos introducidos a distintos niveles. Por ejemplo, el uso de la biotecnología y la biogenética, para adaptar las variedades al clima local, así como para apurar o retardar el crecimiento de las plantas y ajustarlas a la demanda; el desarrollo de nuevas técnicas de producción bajo invernadero o túnel y otras formas de «plasticultura» para el caso de las flores y las hortalizas, utilizando sistemas mecánicos o computarizados para climatizar estos espacios; el uso de máquinas atomizadoras para la aplicación de insumos, así como la introducción de modernos sistemas de riego; además, una serie de innovaciones en el proceso de empaque y de conservación, con sistemas más flexibles que permiten un empaque rápido y reduce los riesgos en las fases poscosecha.

El problema principal de estas innovaciones es que muy pocos pueden adquirirlas, además de que coloca a los países no desarrollados en una dependencia tecnológica enorme con respecto a los países desarrollados que las producen. Esta dependencia se inicia con la adquisición de semillas y material reproductivo (18), continúa con la mayor parte de los insumos, hasta llegar a los sistemas de publicación de los productos y a los métodos de comercialización, a los cuales hoy en día se accede a través de redes electrónicas que permiten conectarse inmediatamente con todas las plazas en donde se genera una demanda. De esta manera, a pesar de la reconversión del sector agrícola, la competencia por parte de los propios países desarrollados, la vulnerabilidad de los mercados, la rapidez con la que se vuelven obsoletos los productos, las grandes fluctuaciones de precios, la dependencia tecnológica y el monopolio de la comercialización que mantienen las grandes empresas, colocan a los países latinoamericanos en una permanente situación de desventaja. Por eso, las llamadas ventajas comparativas han tenido que descansar sobre las bondades del clima, el uso intensivo y depredador de los recursos naturales, así como en una organización sumamente flexible de la fuerza de trabajo.

17. Aunque existen empresas nacionales muy fuertes como David del Curto, grupo tradicional que desde 1955 se dedica a la comercialización de estos productos, desde la década de los ochenta se han expandido las transnacionales dedicadas a este rubro, como es la Standar Trading S.A., formada en Chile en 1981, filial de la Castle and Cook, Inc., empresa norteamericana que opera en 52 países y es la más grande del mundo dedicada a la producción y comercialización de frutas y hortalizas. También opera la United Trading Co., creada en 1983, vinculada al mercado de fruta en el Medio Oriente, Estados Unidos y Europa, y la Unifruiti Traders Ltda., constituida en 1983, dueña de una amplia flota naviera que cubre los países árabes, y cuenta con una vasta red distribuidora en Estados Unidos (Gómez/Echenique, 1988).

18. En el caso de la producción de flores de corte para exportación, las inversiones en material reproductivo (bulbos y esquejes), son muy elevadas ya que las variedades más cotizadas a nivel internacional se producen en Holanda, Francia, Gran Bretaña y Japón. Los países productores necesariamente tienen que importar dicho material, cuya patente la mantienen las empresas productoras, algunas de ellas vinculadas a grandes transnacionales dedicadas a distintas actividades productivas y a la comercialización de flores.

Esta flexibilidad no es sólo aquella que ha caracterizado a los procesos agrícolas por los ciclos naturales. Tampoco es sólo la flexibilidad contractual del trabajo, en términos de horarios y de temporalidad en el empleo, o la flexibilidad salarial traducida en formas de pago a destajo, como se ha dado tradicionalmente en el sector desde hace décadas. La nueva flexibilidad, en la agricultura «posfordista» supone además el uso de una mano de obra con mayor calificación, capaz de controlar y dominar varias actividades dentro de los procesos productivos ofreciendo cierto grado de polivalencia. A la vez, requiere de una mayor implicación del trabajador, y su incorporación a formas de trabajo que tienden a lograr la «calidad total» de los productos como se está dando en otros sectores de la economía con el fin de lograr competitividad en el mercado internacional.

¿Agricultura posfordista y flexibilidad primitiva?

Cuando hablamos de agricultura posfordista nos referimos a un proceso complejo, en el cual se combinan distintas formas productivas (19). Es decir, no existe un modelo homogéneo y universal que signifique una ruptura con el antes y un ahora dominado por la flexibilidad. Varios sistemas de trabajo, y todo tipo de combinaciones, se presentan de manera paralela o simultánea «en mancha de leopardo» (Castillo, 1994), tanto a nivel micro de las empresas como en el conjunto de la sociedad.

El moderno sector agroexportador de los países latinoamericanos, aún bajo su tendencia concentradora, incluye la producción de pequeños y medianos campesinos integrados a través de distintas modalidades, empresas medianas y grandes con tecnologías atrasadas y métodos de organización en cadena, así como empresas que han comenzado a incorporar sistemas de producción flexibles.

En este contexto aparecen al menos dos aspectos diferentes de la flexibilidad: la flexibilidad tecnológica y la flexibilidad de la mano de obra. En el primer caso, podemos decir que prácticamente son las grandes empresas las que han logrado acceder a las nuevas tecnologías que ofrecen mayor flexibilidad en la producción, mientras que el conjunto del sector se apoya sobre la flexibilidad de la mano de obra.

La introducción de nuevas tecnologías ha tenido efectos diferentes sobre el uso de la mano de obra. En algunos casos se traduce en la aparición de nuevos puestos y en otros en su desaparición (20). Por ejemplo, las innovaciones mecánicas que suponen la introducción de máquinas como: atomizadores, cajones «bins» (de 350 a 500 t.), autoelevadores, sistemas de riego, sistemas de nivelación con rayo láser,

19. Otros conceptos como «neofordismo» o «neotaylorismo», intentan dar cuenta de que lo que está en marcha es un modelo en el cual continúa la producción en masa, ahora flexibilizada, o la introducción de nuevas tecnologías que suponen modificaciones sin limitar el poder del capital sobre el proceso de trabajo (ver de la Garza, 1993).

20. Chiappe/Piñeiro (1994) encuentran que la introducción de la mayoría de las innovaciones mecánicas conduce a una reducción del personal utilizado en la fruticultura uruguaya. Bendini et al. (1994) plantean que hay un desplazamiento de personal que no necesariamente supone su expulsión de la rama.

tijeras neumáticas, entre otros, reemplazan mano de obra que utiliza básicamente su fuerza física por mano de obra reconocida como calificada. La mayoría de las veces se trata de hombres a los que se les otorga cierto *status* y garantías laborales en las empresas.

Otras innovaciones químicas, agronómicas o biológicas pueden hacer aumentar, disminuir o mantener igual la contratación de mano de obra y exigir mayor calificación de ella, o al revés, conducir a una descalificación de tareas. Aunque no existe todavía un estudio que sistematice el impacto diferencial que tienen estos cambios en la división sexual del trabajo, es posible pensar, por las experiencias que han sido analizadas en otros sectores (Hirata, s/f), que la mecanización de tareas se acompaña de una masculinización de puestos. Danièle Kergoat (1984) dice al respecto que «detrás de cada máquina por lo regular se crea un puesto masculino». Mientras que en lo que se refiere a la flexibilidad laboral, podría señalarse que la constante es encontrar formas de empleo precario asociadas a un proceso de feminización (21).

La gestión de la mano de obra se convierte así en el lugar por excelencia de conflictos y tensiones, y es que aunque se ha resaltado el carácter enriquecedor del trabajo en sus formas flexibles, por cuanto que propone una nueva forma de relación de los trabajadores con el proceso de trabajo, en la práctica se trata de un modelo excluyente y jerarquizante. Tanto en los países desarrollados como en los no desarrollados, tiende a crear una élite de trabajadores, la mayor parte de las veces integrada por hombres adultos ligados a las actividades centrales de las empresas que gozan de las bondades del modelo, frente a una masa de trabajadores temporales sometidos a largos períodos de desempleo o formas de subempleo, compuesta por mujeres, niños, migrantes y jóvenes, quienes realizan todo tipo de tareas bajo formas de trabajo sumamente precarias (Lara, 1992b).

La composición del sector agroexportador latinoamericano, en donde conviven pequeños, medianos y grandes productores, así como la estructura interior de las empresas, en las cuales se combinan distintas formas de trabajo, ha propiciado una flexibilidad primitiva (22) que se sustenta en formas de empleo muy precarias. Se trata de una flexibilidad que no está relacionada directamente con la reconversión del sector, ni es parte de un nuevo modelo productivo. Ya existía, imponiéndose con base en una arbitrariedad patronal que se ejerce sobre los grupos más desprotegidos de la sociedad, entre ellos las mujeres. De eso se desprende que las condiciones laborales que se ofrecen a las trabajadoras agrícolas no hayan cambiado respecto a décadas anteriores.

No obstante, lo que es nuevo y resulta de la reconversión productiva del sector

21. En Europa varios estudios resaltan la creciente participación que tienen actualmente las mujeres en distintas ramas de la economía, contratadas bajo diversas modalidades de empleo flexible que implican su precarización, como el trabajo a tiempo parcial, los contratos de duración determinada, y otros (ver Barrere-Maurisson, 1985; Danièle Kergoat, 1984). Para el caso de Japón, véanse varios trabajos publicados en Hirata, 1992. En América Latina investigaciones recientes dan cuenta también de este proceso (ver Benería/Roldán, 1992; International Labour Office, 1989; Rangel de Paiva Abreu/Sorj, 1993).

22. Se refiere a aquella que es «producto de la escasa maduración de las relaciones tayloristas-fordistas, que han existido desde que hay empresa capitalista» (de la Garza, 1993).

es la introducción de formas de organización que exigen mayor implicación y calificación de parte de los trabajadores, más productividad e intensificación de las actividades que desempeñan, así como la capacidad de realizar distintas tareas dentro del proceso productivo, garantizando en todas ellas una gran calidad en los productos para que éstos puedan alcanzar competitividad en el mercado internacional.

Estas formas de organización se implantan en las empresas modernas del sector agroexportador usando principalmente mano de obra femenina. Pero coexisten con formas de producción campesinas y con sistemas de trabajo en cadena que se mantienen sobre todo en los empaques y fábricas de procesamiento, donde también sigue predominando el empleo femenino. Así, se asienta sobre una división sexual del trabajo que, lejos de conducir a una relación diferente y enriquecedora con el proceso productivo, mantiene la arbitrariedad empresarial y las asimetrías de género, porque introduce mayores exigencias (calificación, polivalencia, implicación, etc.), que no se traducen en mejores condiciones laborales.

Para las mujeres, sigue predominando el empleo temporal en horarios discontinuos, que pueden prolongarse hasta 16 horas en temporadas de fuerte demanda sin que exista contrato de trabajo o sólo en contadas ocasiones y con límite de tiempo. Pero ahora se les exige pasar de un puesto a otro y conocer bien las actividades que en cada uno se requiere realizar. Sigue pagándose por tarea, aunque ahora se introduce el pago por productividad y se incorpora el criterio de calidad y de implicación para fijar sus salarios. Sigue careciéndose de prestaciones sociales, ahora con el argumento de que éstas constituyen rigideces que limitan la operación de las empresas.

El caso de la floricultura mexicana (Lara/Becerril, 1995) nos permite ejemplificar los cambios en la organización del trabajo. En los invernaderos esta organización se basa en equipos de trabajadoras plurifuncionales a las que se les pide conocer bien todo ciclo biológico de distintas flores (desde el enraizamiento de bulbos y esquejes, hasta el corte). A estos equipos se les paga de acuerdo a la productividad que logran en su área de trabajo, la cual tiende a aumentar en relación con la capacidad de cada trabajadora. El funcionamiento de todo el invernadero está a cargo de dicho equipo de trabajo y éste es responsable de que la producción alcance su mayor nivel y calidad en las temporadas altas, que se limitan a unas cuantas semanas al año (San Valentín, Día de las Madres y el mes de diciembre).

Los agrónomos que trabajaban en los invernaderos y habían sido contratados al arrancar las empresas, en la década de los ochenta fueron sustituidos poco a poco por las trabajadoras que ellos mismos capacitaron, quedándose sólo un número reducido que sirven de asesores. Al lograr esto, las empresas no sólo bajaron sus costos sino que consiguieron una atención cotidiana de las flores por parte de las trabajadoras, prescindiendo así de los ingenieros. Se agrega a ello otra ventaja, el amplio conocimiento que ellas tienen de todo el proceso productivo. Esto permite que las trabajadoras puedan pasar de un puesto al otro, lo que incluye no sólo distintas tareas en el invernadero y con distintas variedades de flores, sino en los empaques, donde predominan los sistemas de trabajo a destajo y en cadena.

Los empleadores señalan que prefieren contratar mujeres jóvenes porque son más dinámicas, y aceptan con mayor facilidad los cambios organizativos. A la vez, según ellos, tienen más resistencia para mantener los ritmos de trabajo durante las temporadas «pico», cuando hace falta intensificar la productividad. Nosotras pensamos que las mujeres jóvenes constituyen la mejor opción para estas empresas, porque se trata de un personal que cuenta con un buen nivel de escolaridad (al menos primaria completa y a veces estudios de secundaria y bachillerato), lo que sirve de base para lograr su capacitación en las empresas. Además, ofrecen una gran flexibilidad para pasar de un puesto al otro, y de un cultivo a otro, abarcando todas las fases del proceso productivo. Pero, como se trata de jovencitas, la mayoría de ellas solteras y sin experiencia laboral, a las que no se les reconoce ninguna calificación, las empresas pueden mantener más bajos los salarios que si contrataran hombres adultos con alguna calificación, o si mantuvieran su *staff* de técnicos e ingenieros.

Los ejemplos de esta nueva situación aún han sido poco estudiados, tenemos más casos que ilustran la participación femenina en la cosecha y en los empaques de frutas y legumbres, bajo las mismas condiciones que se describieron hace más de una década y han sido mencionados arriba. Sin embargo, el ejemplo de la floricultura mexicana, y algunos ejemplos en la producción de hortalizas bajo invernadero, hacen pensar que no sólo hay un proceso de feminización del asalariado que interviene en este sector, producto del desarrollo de este tipo de agricultura y de un crecimiento de la demanda de mano de obra femenina, sino de una participación que privilegia a las mujeres para la introducción de estos nuevos sistemas de trabajo.

Esta preferencia por mujeres jóvenes nada tiene que ver con las cualidades supuestamente «femeninas» para manejar las flores o las verduras. Se trata de un mecanismo que permite hacer de la mano de obra femenina una ventaja comparativa. Primero, porque se aprovecha una calificación que no es reconocida, y que ha sido adquirida dentro del proceso de trabajo, aun si descansa en calificaciones «tácitas» obtenidas previamente por las mujeres en el trabajo doméstico (23). Segundo, porque las pocas alternativas que tienen las mujeres para emplearse en el medio rural, aun si tienen un alto grado de escolaridad, hace de ellas una mano de obra muy flexible, dispuesta a ser contratada por períodos cortos, en horarios discontinuos y pagada por tarea. Tercero, porque las hace responsables de la calidad de los productos y de que éstos lleguen al mercado en el momento preciso, intensificando su productividad a costa de su desgaste físico.

A manera de conclusión

La tendencia que muestra el empleo en la producción de cultivos no tradicionales en varios países latinoamericanos expresa una situación que ya se ha dado en

23. Hay a este respecto toda una discusión acerca del concepto de calificación. El número 7 de los *Cahiers du Gedist* (1993) presenta varios trabajos que analizan distintos aspectos de esta problemática.

otras ramas productivas y otros momentos históricos. Esto es, los cambios tecnológicos y la organización del trabajo que acompaña estos cambios, frecuentemente se asocian a la incorporación de mano de obra femenina. Así sucedió con la expansión de las manufacturas y del trabajo a domicilio en el siglo XVIII, y más tarde, con la revolución industrial y la introducción de cadenas, líneas de montaje y formas de producción en masa (Kergoat, 1982). Ahora, la flexibilización de los procesos de trabajo confirma este fenómeno. Ello nos obliga a reflexionar acerca de su significado y nos plantea una serie de interrogantes, que sólo podrán ser resueltos a medida que contemos con un cúmulo de estudios que den cuenta de lo que sucede en distintos contextos sociales.

En otros países la producción de hortalizas, de flores o de frutas está a cargo de pequeños productores con trabajo familiar, o de empresas que utilizan migrantes e indocumentados (Lara, 1992b), mientras que en América Latina se extiende el trabajo femenino. En algunos casos acompañado de trabajo infantil y de indígenas como en México, o de jóvenes estudiantes como en Chile.

Pero, lo que nos conduce a hablar de feminización de la moderna agricultura de exportación latinoamericana, no sólo es que ha crecido la incorporación de mujeres al mercado de trabajo, como resultado del desarrollo de los cultivos no tradicionales que demandan su intervención, sino la diversidad de formas de participación en prácticamente toda las fases de los procesos productivos, trabajando con técnicas artesanales, con sistemas taylorizados y fordistas, igual que bajo los métodos de producción flexible.

Es muy probable que la pobreza rural, que ha generado el nuevo modelo de desarrollo y la actual división internacional del trabajo, conduzca a generalizar este esquema de trabajo hacia otros grupos, y que las mujeres hayan servido para abrir brecha, de la misma manera que sucedió en el caso de las manufacturas y de los sistemas de producción en masa. Lo que significa que esta situación sería transitoria para la agricultura, pero no para las mujeres, quienes no tienen otras alternativas de empleo en el medio rural.

En resumen, la reconversión del sector agrícola latinoamericano ha descansado más sobre una flexibilidad de la mano de obra que sobre una flexibilidad tecnológica, y se ha sustentado en una «flexibilidad salvaje» (de la Garza, 1993) que busca eliminar las trabas en el uso de una fuerza de trabajo, más que en encontrar una relación diferente entre trabajador y proceso productivo. En efecto, en este esquema se puede involucrar a otros sectores tan desprotegidos como las mujeres: los más pobres, los excluidos, los niños o los indígenas. Por el momento, esta estrategia se apoya en una asimetría de género que los cambios tecnológicos y la modernización sólo han reforzado.

Bibliografía

- Arango, Gilberto (1985) *Estructura económica colombiana*, Colección Profesores, Universidad, Colombia.
- Aranda, Ximena (1982) El díptico campesina-asalariada agrícola en *Las trabajadoras del agro*, Magdalena León, editora, ACEP, Colombia.
- Arizpe, Lourdes/Aranda, J. (1981) «Empleo agroindustrial y participación de la mujer en el desarrollo rural. Un estudio de caso de las obreras del cultivo de exportación de la fresa en Zamora, México», en Seminario Tripartito Regional para América Latina sobre el Desarrollo Rural y la Mujer, Pátzcuaro, Michoacán, México.
- Arroyo, G. (1979) Firmas transnacionales agroindustriales, reforma agraria y desarrollo rural, en *Investigación Económica*, n° 147, enero-marzo, Facultad de Economía de la UNAM, México.
- Bartra, Armando (1977) Seis años de lucha campesina, en *Investigación Económica*, vol. XXXVI, n° 3, México.
- Barrere-Maurisson, Marie-Agnes (1985) Gestion de la main d'oeuvre et formes familiales: du paternalisme a la recherche de la flexibilité, en *Economie et Societé*, Paris.
- Barrón, María Antonieta (1990) Integración de las mujeres al mercado de trabajo de las hortalizas, en *Economía Informa*, n° 180, Facultad de Economía UNAM, México.
- Barrón, María Antonieta (1993) Los mercados de trabajo rurales: el caso de las hortalizas en México, tesis de doctorado, Facultad de Economía, UNAM, México.
- Bendini, M. et al., (1994) «El mercado de trabajo y los cambios técnicos en la agroindustria frutícola argentina: las trabajadoras de los galpones de empaque de manzanas y peras», ponencia presentada al IV Congreso Latinoamericano de Sociología Rural, Concepción, 7-9 de diciembre, Chile.
- Benencia, Roberto (1993) «Transformaciones en la organización del trabajo en la horticultura argentina», ponencia al Primer Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, Ciudad de México, 22-26 de noviembre, México.
- Benería, Lourdes/Roldán, Martha (1992) Las encrucijadas de clase y género: trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México, COLMEX-FCE, México.
- Bengoa, José (1979) Economía campesina y acumulación capitalista, en *Economía campesina*, DESCO, Lima.
- Bolaños, Bernardo/Rodríguez, Hannia (1988) La incorporación de la mujer en el proceso productivo de las flores en Costa Rica, en *Ciencias Sociales*, n° 39, Costa Rica.
- Burbach, R./Flynn, P. (1979) Objetivos agroindustriales en América Latina, en *Investigación Económica*, n° 147, enero-marzo, Facultad de Economía de la UNAM, México.
- Cahiers du Gedisst (1993) n° 7, IRESO-CNRS, Paris.
- Caraveo, Felipe de Jesús (1991) La producción de hortalizas en el sur de Sonora, en *La agroindustria y la organización de productores en México*, CIESTAM-Chapingo, México.
- Carton De Gramont, Hubert (1982) *Jornaleros agrícolas de México*, Macehual, México.
- Carton De Gramont, Hubert (1986) *Asalariados agrícolas y sindicalismo en el campo mexicano*, Juan Pablos, Ed., México.
- Carton De Gramont, Hubert (1990) *Los empresarios agrícolas y el Estado*, IIS-UNAM, México.
- Castillo, Juan José (1994) ¿De qué posfordismo me hablas? Más sobre reorganización

- productiva y organización del trabajo, *Sociología del Trabajo*, nº 21, Nueva Época, Siglo XXI de España Ed., Madrid.
- CEPAL (1986) *Economía campesina y agricultura empresarial*, Siglo XXI Editores, México.
- CNPH (1990) XX Convención anual y XXXI Asamblea general ordinaria, México.
- Chiappe, Marta/Piñeiro, D. (1994) «El sector frutícola en el Uruguay: efectos del cambio técnico sobre la fuerza de trabajo», ponencia presentada en XVIII International Congress of Latin American Studies Association, Atlanta, Georgia, 10-12 de marzo, Estados Unidos.
- Deere, Carmen Diana/León, Magdalena (1986) *La mujer y la política agraria en América Latina*, ACEP-Siglo XXI Editores, Bogotá.
- De La Garza, Enrique (1993) *Reestructuración productiva y respuesta sindical en México*, UNAM/UAM-I, México.
- Echanove, Flavia (1994) «Las políticas neoliberales y la desaparición del oro blanco de nuestro país», en Seminario Internacional sobre Nuevos Procesos Rurales en México: teorías, estudios de caso y perspectivas, Taxco, Guerrero, 30 de mayo al 3 de junio, México.
- Gómez, Sergio/Echenique, Jorge (1988) *La agricultura chilena: las dos caras de la modernización*, FLACSO-Agraria, Santiago de Chile.
- Gómez-Cruz, Manuel Angel (1991a) *La producción de hortalizas en México y el TLC*, CIESTAM, Chapingo, México.
- Gómez-Cruz, Manuel Angel (1991b) *El consumo de hortalizas en México*, CIESTAM-Chapingo, México.
- Gómez-Cruz, Manuel Angel/Caraveo, Felipe de J. (1990) La agromaquila hortícola: nueva forma de penetración de las transnacionales, en *Comercio Exterior*, vol. 40, nº 12, México.
- Gómez-Cruz, Manuel Angel/Caraveo, Felipe de J. (1991), *La agromaquila hortícola, nueva forma de penetración de los monopolios internacionales en la agricultura mexicana*, CIESTAM-Chapingo, México.
- Green, Raúl H. (1989) El comercio agroalimentario mundial y las estrategias de las transnacionales, en *Revista de Comercio Exterior*, vol. 39, nº 8, agosto, México.
- Gutelman, Michel (1974) *Capitalismo y reforma agraria en México*, Ed. ERA, México.
- Hewitt, Cynthia (1978) *La modernización de la agricultura mexicana 1940-1970*, Siglo XXI Editores, México.
- Hirata, Helena (1992) *Autour du «modèle» japonais*, L'Harmattan, Paris.
- Hirata, Helena (s/f) *Nouvelles technologies, qualification et division sexuelle du travail: une perspective comparative* (mimeo) GEDISST-CNRS, Paris.
- International Labour Office (1989) *Women in the world of work: statistical analysis and projections in the year 2000*, Génova.
- Jarvis, Lovell et al. (1993) *El empresario fruticultor: fortalezas y debilidades de un sector heterogéneo*, Notas Técnicas, CIEPLAN, Santiago de Chile.
- Kergoat, Danièle (1982) *Les ouvrières*, Ed. Sycomoro, Paris.
- Kergoat, Danièle (1984) *Les femmes et le travail a temps partiel*, en *Travail et Emploi*, nº 21, Paris.
- Kergoat, Danièle (1984) *Pladoyer pour une Sociologie des rapports sociaux*, en *Le sexe du travail*, PUG, Grenoble.
- Lara, Sara María (1990) *Las relaciones sociales de género-sexo en el sector del asalariado rural: una revisión crítica de los estudios en México*, en *Reunión Latinoamericana de Antropología de la Mujer*, El Colegio de México, México, D.F., junio.

- Lara, Sara María (1992) *La flexibilidad del mercado de trabajo rural: una propuesta que involucra a las mujeres*, en *Revista Mexicana de Sociología*, nº 1-92, IIS-UNAM, México.
- Lara, Sara María (1992b) *Efectos de la flexibilidad en el mercado de trabajo rural*, en *Trabajo*, nº 9, México.
- Lara, Sara María (1993) *Le conditionnement des produits maraichers dans l'état de Sinaloa. Ou comment à travers solidarités et conflits se construit une qualification*, en *Cahiers du GEDISST* nº 7, IRESO-CNRS, Paris.
- Lara, Sara María (1994) *La producción de flores en México: un nicho dentro del Sur*, mimeo.
- Lara, Sara María/Becerril/Ofelia (1995) *Reestructuración productiva y mercado de trabajo rural: el caso de la floricultura de exportación en el estado de México*, en Hubert Carton de Grammont (coord.) *Globalización y regiones en el campo mexicano: de la reorganización social a la rebelión*, Ed. Juan Pablos, México.
- León, Magdalena (ed.) (1982) *Las trabajadoras del agro: debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe*, ACEP, Colombia.
- Long, Norman (1994) «Globalización y localización: nuevos retos para la investigación rural», ponencia presentada al Seminario Internacional sobre Nuevos Procesos Rurales en México: Teorías, Estudios de Caso y Perspectivas, Taxco, Guerrero, 30 mayo-3 junio, México.
- Llambí, Luis (1993) *Reestructuraciones mundiales de la agricultura y la alimentación: el papel de las transnacionales y los grandes estados* (mimeo), Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC), Caracas.
- Medrano, Diana (1982) *Desarrollo y explotación de la mujer: efectos de la proletarianización femenina en la agroindustria de las flores en la Sabana de Bogotá*, en *Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe*, Magdalena León (ed.), ACEP, Colombia.
- Paré, Luisa (1975) *El Plan Puebla: una revolución verde que está muy verde*, Ediciones de Sociología Rural nº 2, ENA-UACH, Chapingo, México.
- Pedrero, Mercedes/Embriz, Arnulfo (1992) *Los mercados de trabajo en las zonas rurales*, en *Estudios Sociológicos*, CES-COLMEX, México.
- Piñones, Silvia/López, Miguel Angel (1994) «Competitividad internacional en el sector de frutas y hortalizas: principales tendencias en la década de los ochenta», ponencia presentada al Seminario Internacional sobre Nuevos Procesos Rurales en México: Teorías, Estudios de Caso y Perspectivas, Taxco, Guerrero, 30 mayo -3 junio, México.
- PREALC (1989) *Cambio tecnológico, empleo y trabajo*, Organización Internacional del Trabajo, Cuaderno nº 133, Santiago de Chile.
- PRONSAJ (1989) *Programa de desarrollo social para los jornaleros agrícolas del valle de Cuicacán* (mimeo) Gobierno del estado de Sinaloa, México.
- PRONSAJ (1991) *Diagnóstico de las condiciones de vida y de trabajo de los jornaleros agrícolas del valle de San Quintín, B.C.* (mimeo) México.
- Rangel de Paiva Abreu, Alice/Sorj, Bila (1993) *O trabalho invisível: estudos sobre trabalhadores a domicílio no Brasil*, Rio Fundo Editora, Rio de Janeiro.
- Rodríguez, Daniel/Venegas, Sylvia (1989) *De praderas a parronales, un estudio sobre la estructura agraria y el mercado laboral en el Valle de Aconagua*, GEA, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile.
- Roldán, Martha Iris (1981) «Trabajo asalariado y condición de la mujer rural en un cultivo de exportación: el caso de las trabajadoras de tomate en el estado de Sinaloa, México», en Seminario Tripartito Regional para América Latina sobre el Desarrollo Rural y la Mujer, Pátzcuaro, Michoacán, México.
- Rooney, Lucila (1981) «Las mujeres asalariadas en los cultivos de exportación: el caso del

municipio de Ensenada, Baja California, México», Seminario Tripartito Regional para América Latina sobre el Desarrollo Rural y la Mujer, Pátzcuaro, Michoacán, México.

Rubio, Blanca (1995) «Agricultura mundial, estructura productiva y la nueva vía de desarrollo rural en América Latina (1970-1992)», en Hubert Carton de Grammont (coord.) *Globalización y regiones en el campo mexicano: de la reorganización social a la rebelión*, Ed. Juan Pablos, México.

Silva, Alicia Eugenia (1982) De mujer campesina a obrera florista, en *Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe*, Magdalena León (ed.), ACEP, Colombia.

Suárez, Blanca (1993) «Del trabajo casero al empaque: el aguacate y el mango de Michoacán», ponencia presentada en el XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, 29 de julio-5 de agosto, México.

UNPH (1985) XV Convención anual y XXVI Asamblea general ordinaria, Mazatlán, Sinaloa, México.

Valdés, Ximena (1988) Feminización del trabajo agrícola de las temporeras, en *Mundo de Mujer, continuidad y cambio*, Centro de estudios de la Mujer, Santiago de Chile.

Valdés, Ximena (1993) «Cambios en la división sexual del trabajo y en las relaciones sociales de género entre la hacienda y la empresa exportadora», ponencia presentada al XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, julio 29-agosto 5, México.

Venegas, Sylvia (1992) *Una gota al día... Un chorro al año, el impacto de la expansión frutícola*, Grupo de Estudios Agro-Regionales, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile.

Venegas, Sylvia (1993) «Las temporeras de la fruta en Chile», ponencia presentada en el XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, 29 de julio-5 de agosto, México.

Waters, William/Salamea, Lucía (1994) «Gender issues in the restructuring of ecuatorial agriculture», ponencia presentada al XVIII International Congress of the Latin American Studies Association, Atlanta, Georgia, 10-12 de marzo.

Las manos más hábiles de los empaques: el aguacate y el mango en Michoacán _____ 103
Blanca Suárez

Las temporeras de la fruta en Chile _____ 123
Sylvia Venegas

IV. Salud en el trabajo y salud reproductiva

La estacionalidad del empleo y la salud de las temporeras de la fruticultura en Chile _____ 147
Julia Medel/Verónica Riquelme

Mujeres trabajadoras rurales: salud, reproducción y ciudadanía en Brasil _____ 163
Deis Siqueira/Lourdes Bandeira/Mostafa Amin

V. Movilización social y formas de simbolizar el trabajo

¿Cómo las trabajadoras agrícolas de la flor en México, hacen femenino el proceso de trabajo en el que participan? _____ 181
Ofelia Becerril

Las trabajadoras *bóias-frias* en la lucha por la tierra en Brasil _____ 193
Vera Lucía Botta Ferrante

El trabajo temporal femenino en el norte de Chile y sus implicaciones a nivel familiar y comunitario _____ 209
Francisca Browne/Dalal Garib/Marcela Loyola

Sara María Lara Flores

Este libro trata de las mujeres que laboran como asalariadas en los campos agrícolas de varios países latinoamericanos. Analiza su trabajo, las condiciones en las que viven y laboran, la forma como estas condiciones se reflejan en su salud, tanto mientras están ocupadas como cuando están desempleadas, y la manera como ellas simbolizan e imaginan su vida y su trabajo.

Sin embargo, no es un libro que se limite a hablar sólo de las trabajadoras pues analiza también las relaciones en las que ellas se encuentran insertas dentro de las empresas, en la casa, en las calles, en los asentamientos o en las colonias, entre otros muchos espacios. Y es que nuestra intención no ha sido crear un campo autónomo de análisis que estudie a las mujeres como si ellas constituyeran una particularidad o una especificidad apartada de un universo, comúnmente pensado en masculino. Aunque nos preocupa darle visibilidad social a las asalariadas del campo, ya que muy pocos se han interesado en estudiarlas, también nos preocupa que puedan ser contempladas a la luz de las relaciones sociales de las que forman parte; relaciones que son de clase, de género y generacionales.

Analizamos el trabajo de las asalariadas del campo destacando la importancia de las ramas agrícolas en las que ellas participan y su comportamiento en la nueva división internacional del trabajo. En este contexto, resalta el hecho de que las ramas más dinámicas de la agricultura latinoamericana, actualmente constituidas por los productos de exportación no tradicionales, lejos de haber marginado a las mujeres, muestran una tendencia creciente a su incorporación, al punto que algunas autoras hablamos de un proceso de feminización del trabajo asalariado agrícola (ver, en este libro, los trabajos de Becerril, de Lara, de Salamea/Waters y de Valdés).

Este proceso se manifiesta de manera cuantitativa por la importante participación femenina dentro del sector asalariado rural que interviene en la producción y acondicionamiento de flores, frutas y hortalizas de exportación. Pero también se expresa de manera «cualitativa», como lo señalan Salamea/Waters, en una nueva forma de inserción del trabajo femenino que ofrece una gran disponibilidad y capacidad para adaptarse rápidamente a las distintas formas de producir, comercializar y procesar los productos. Estos autores destacan la flexibilidad como un factor clave en la reestructuración de los sistemas agroalimentarios que se explica no sólo por la incertidumbre propia de la agricultura y de los productos altamente perecederos que se manejan, sino por la fuerte competencia en los mercados internacionales. No obstante, es necesario resaltar, como lo hago en mi trabajo, que las nuevas tendencias posfordistas, presentes en la agricultura latinoamericana, aparecen al lado de procesos productivos que siguen siendo organizados bajo

formas tradicionales y sistemas de producción en masa (fordistas y tayloristas).

Este panorama conforma un complejo mapa de experiencias laborales para las asalariadas agrícolas. Ellas están involucradas en formas de trabajo tan arcaicas como en el caso de la recolección y procesamiento de la castaña del Brasil (Castro), o en labores tan rudas como el corte de caña de azúcar (Botta Ferrante y Moraes). También constituyen la principal fuerza de trabajo contratada en los *packings* de fruta en Chile, Argentina y México, en donde predomina el trabajo en cadena (Bendini et al., Castro, Suárez, Valdés, y Venegas), a la vez que son protagonistas de la puesta en marcha de nuevas tecnologías y formas de organización flexibles, como puede verse en las empresas florícolas de México (Lara).

Desafortunadamente, la creciente participación de las mujeres en la agricultura latinoamericana, y su intervención en distintos sistemas de trabajo, no son reflejo de un cambio en las relaciones de género ni en la división sexual del trabajo. Los estudios de Ximena Valdés y de María Moraes son reveladores a este respecto. Ellas muestran cómo se modificó el trabajo de la mujer al transformarse las antiguas haciendas cerealeras en empresas frutícolas en Chile; o en el noreste de Brasil, cuando los antiguos colonos y aparceros se convirtieron «en mera fuerza de trabajo». En ambos casos, estos cambios permitieron que las mujeres fueran contratadas directamente, sin necesidad de que intervinieran las figuras del padre, del marido o del hermano, como sucedía otrora. Pero a esa «individualización de la fuerza de trabajo» no ha correspondido una ruptura de los lazos anteriores de dominación, más bien ha traído un desplazamiento hacia nuevas figuras centradas ahora en el patrón, el administrador, los fiscales y otros individuos que simbolizan un poder no sólo de clase, sino de género (Moraes).

Estos personajes que organizan los procesos de producción, lo hacen bajo una estricta división sexual de tareas que refleja el carácter desigual de las relaciones de género. Así, en los procesos más tradicionales y hasta en los más modernos, esta forma de dividir la fuerza de trabajo, con criterios sexistas, se vuelve una constante en la agricultura latinoamericana.

La mayoría de los casos que aquí se analizan dan cuenta de cómo la división del trabajo en los procesos productivos no es simplemente una división técnica de tareas sino una manera de aprovechar mejor la fuerza de trabajo sexualmente diferenciada, a la vez que una forma de organizar el trabajo jerarquizándolo (Castro). Y es en esa jerarquía donde se expresa la desigualdad en las oportunidades que se brindan a las mujeres y a los hombres. Una desigualdad que se inicia en las formas de reclutamiento, sigue con el tipo de tareas y de puestos que se les asignan, con las formas de pago, el horario de trabajo y la temporalidad del empleo.

Aunque existen modalidades distintas en las formas de contratación de la mano de obra en cada país, las cuales tienen que ver con una tradición y una historia particular, es un hecho que en todas partes se reproducen las asimetrías fundadas en las diferencias de género. La mayor parte de los textos que se incluyen en este libro encuentran que las tareas que se asignan a las mujeres son las más rutinarias (corte, selección, empaque de productos), realizadas en forma manual o con instrumentos muy simples (tijeras, cuchillos, pinzas), mientras los hombres dise-

ñan, manejan y se encargan del mantenimiento de la maquinaria. También demuestran que, allí donde la tecnología es atrasada y caduca, ellas sustituyen manualmente las deficiencias tecnológicas, tal como en las industrias de procesamiento de la castaña (Castro). Los nuevos métodos de organización flexibles en las empresas más modernas (Lara), y los cambios tecnológicos (Bendini et al.), no sólo no resuelven estas asimetrías sino que en algunos casos las refuerzan.

Esta situación se traduce en una asignación diferenciada de puestos que coloca a las mujeres en los estratos más bajos de la jerarquía ocupacional, argumentando que su trabajo no requiere ninguna calificación porque se trata de tareas manuales que sólo implican delicadeza, habilidad y paciencia. Nada más falso: aunque trabajen con sus manos o con instrumentos sencillos, las asalariadas agrícolas adquieren en las empresas la calificación necesaria para ocupar los puestos que desempeñan. Muy seguido, incluso, cuentan con un cúmulo de conocimientos que permite suplir a técnicos o ingenieros. No obstante, se niega a las mujeres el estatuto de personal calificado porque se considera que sus saberes son el resultado de atributos naturalmente femeninos y no de una capacitación (ver Lara, en este libro).

Si las empresas logran gozar de estas ventajas que les ofrece la mano de obra femenina es porque muy pocas veces las mujeres en el campo encuentran otras alternativas laborales a su alcance. Venegas señala que las opciones de empleo para las temporeras de la fruta en Chile son «pocas y malas», por lo cual la fruticultura se convierte en su mejor opción. Su estudio muestra que para las trabajadoras que hoy se encuentran en su etapa de madurez el trabajo doméstico fue la primera experiencia laboral, situación que ha cambiado para las nuevas generaciones que ingresan directamente a la fruticultura.

También en México las trayectorias laborales de las trabajadoras de los empaques de mango y de aguacate (Suárez), así como las de las floristas (Becerril), permiten saber que el desarrollo de esta nueva agricultura orientada a la exportación ha ofrecido a las mujeres una alternativa diferente al servicio doméstico. Destino que les esperaba, a pesar de contar, la mayoría de las veces, con un nivel de escolaridad bastante alto comparado con el promedio regional. Ellas han cursado, al menos, la educación primaria, algunas tienen estudios de secundaria y hasta de bachillerato. Ofelia Becerril encontró que un 15% de sus entrevistadas tenían incluso estudios técnicos, sin embargo, eso no había significado un medio para mejorar su situación laboral, ni un mecanismo de ascenso social.

A diferencia de lo que encuentran Bendini et al. en Argentina, en donde las mujeres que trabajan en los galpones de fruta tienen un promedio de edad de 40 años y una antigüedad de 10, en la mayoría de los casos estudiados las trabajadoras tienen muy poca experiencia laboral previa. Son mujeres jóvenes, con edades que van de los 13 a los 25 años y la mayoría solteras. Este perfil ofrece el contexto necesario para que las empresas cuenten con una mano de obra cautiva, disponible en todo momento para emplearse en las condiciones que ellas determinan, en trabajos eventuales, sin horario definido, con pago por tarea y por lo regular sin prestaciones sociales.

El ejemplo de Chañaral Alto, en Chile, descrito por Francisca Brown et al., es

revelador de esta situación que hace del género y la edad una manera de obtener más ventajas. En este caso, las empresas contratan un importante número de jóvenes, normalmente estudiantes, para quienes el trabajo en los empaques tiene un significado particular. Si bien es una fuente de ingresos, estas jovencitas encuentran allí un lugar de entretenimiento durante las vacaciones escolares y un espacio para conocer a otras personas de su edad, por eso no ven la necesidad de exigir mejores condiciones laborales. Para esta población el trabajo en los *packings* es algo eventual, no sólo porque se limita al verano sino porque es transitorio en sus trayectorias de vida. Por el contrario, para las mujeres adultas y con hijos esta alternativa de empleo es la mejor que tienen, aunque manifiestan que les gustaría un trabajo más estable. Para ellas el carácter temporal del trabajo no es una opción personal ni voluntaria, sino una imposición de las empresas (Venegas).

Con esta comparación, Francisca Brown et al. destacan la necesidad de considerar la posición diferencial de las mujeres en el mercado de trabajo de acuerdo con la edad, el estado civil y el hecho de que tengan hijos o no. Su texto resalta las diferencias generacionales entre las asalariadas agrícolas, y hace evidente que no es posible estudiarlas como un bloque homogéneo que resultaría sólo de su posición de género.

Estas diferencias con frecuencia las utilizan los propios empleadores y capataces fomentando desigualdades entre las trabajadoras. María Moraes describe cómo, en los cañaverales y en los naranjales, los fiscales asignan las mejores áreas de corte a las mujeres más atractivas, o a aquellas que aceptan sus piropos y se someten al asedio sexual. En este ambiente, las mujeres mayores y con hijos tienen menos oportunidades de ser contratadas, y más fácilmente se las coloca en las peores áreas de corte, o en los puestos más ingratos de los empaques. Esta situación pone al descubierto que las relaciones de género y las asimetrías no sólo confrontan a hombres y a mujeres, sino que atraviesan también a cada grupo y crean distinciones en su interior.

Uno de los mitos que se rompe con algunos estudios que aquí se presentan es que las mujeres son las que ganan los peores salarios. Venegas y Valdés, en el caso de Chile, destacan cómo las temporeras pueden ganar más que los temporeros. Pero su trabajo se concentra sobre todo en los *packings* en donde los salarios dependen de la productividad individual impuesta por los capataces, con el riesgo de ser despedidas si no alcanzan las cuotas fijadas por la empresa. La báscula se convierte así en el símbolo del control de esta productividad (Castro). Además, Venegas y Valdés muestran que los períodos de contratación para las temporeras son más cortos que para los hombres, por lo cual ellas tienen que ganar, en un lapso menor, lo necesario para sobrevivir todo el año, lo que las lleva a intensificar su actividad al máximo a costa de su salud.

Su salud está así directamente asociada a las condiciones en las que laboran. Muchas enfermedades que padecen son resultado del manejo de agroquímicos y sustancias tóxicas, lo que se hace sin contar con alguna protección o con la capacitación adecuada; otras son provocadas por problemas posturales, al estar de pie todo el día o agachadas; y son producto de la intensificación de sus actividades en largas jornadas de trabajo sin tener descansos; algunas son también la expresión

de los «riesgos del desempleo». Medel/Riquelme hacen un análisis de los síntomas y enfermedades que sufren las mujeres no sólo mientras trabajan, sino cuando están en cesantía. Encuentran que durante los períodos de desempleo aumentan los malestares provocados por la angustia de no tener ingresos, los problemas de soledad y de aislamiento, producto de su reclusión en un «espacio invisibilizado, silenciado y subvalorado», como lo es para ellas el hogar en estas circunstancias.

También la salud de las asalariadas se asocia a las condiciones en las que viven: la sobrecarga de trabajo por el número de horas que dedican a las tareas domésticas; la ausencia de infraestructura para desempeñar estas tareas, especialmente en lo que se refiere al cuidado de los hijos; la precariedad de los sistemas de saneamiento, agua potable, drenaje, recolección de basura, etc. (Siqueira et al.).

Finalmente, la salud de estas mujeres se refleja en su capacidad reproductiva. Los datos que nos ofrece el estudio de Siqueira et al. muestran que más del 42,6% de las trabajadoras que entrevistaron habían perdido uno o más hijos, y más del 42% tuvieron hijos que nacieron muertos. Como lo indican las autoras, esta mortalidad se debe muy probablemente al manejo de productos tóxicos y a la sobrecarga de trabajo. «Cada espacio, hogar y empresa les exige tanto, como si el otro no existiera» (Medel/Riquelme).

Hay que tomar en cuenta, que pocas veces ellas cuentan con prestaciones por maternidad o con guarderías (aun si en algunos países están previstas por ley); tampoco tienen el apoyo de sus maridos para realizar el trabajo del hogar, y muchas son «madres solteras» o «jefas de familia». Esto explica por qué el 57% de las entrevistadas por Siqueira et al. expresaron no querer procrear más hijos y recurrieron, en un alto porcentaje, a métodos tan drásticos como la esterilización.

Las enfermedades o molestias que presentan las trabajadoras son, entonces, el resultado de las condiciones en las que viven, así como del cansancio acumulado después de varias temporadas de trabajo intensivo, en situaciones que suponen mucha presión (Brown et al.). Además, muchas de estas mujeres comenzaron a trabajar muy pequeñas, incluso antes de los diez años (Siqueira et al.).

Sin embargo, no debe menospreciarse en el análisis de las asalariadas agrícolas los aspectos que ellas mismas plantean como positivos. Conocer gente, relacionarse, «pasarla bien», ganar su propio dinero, y otras muchas razones que ellas han expresado, demuestran que el trabajo es también fuente de placer y de salud (Medel/Riquelme).

Varios de los estudios que se incluyen en este libro destacan que las asalariadas rurales no son sujetos pasivos de una dominación de clase y de sexo. Por el contrario, ellas están en constante movimiento, cuestionando a diferentes niveles estas relaciones, a veces en forma individual y aislada, a veces en forma colectiva, en una dialéctica que va de la «interiorización de la sujeción» hacia la «subversión a esa sujeción» (Moraes), y que empieza en sus propios hogares, con sus padres y sus madres, sus hermanos, sus maridos y sus hijos.

Si bien el margen de acción en el que pueden actuar estas mujeres es muy estrecho, la capacidad para subvertir su mundo, aunque sea desde el imaginario, es muy grande. Porque en ese mundo, «subirse a un camión solas», andar en las calles sin un hombre que las acompañe, ir y venir de la casa al empaque, ganar su dinero

y gastarlo, constituyen verdaderos actos de subversión al que ellas han tenido que atreverse. Por eso, si unas sueñan que ese mundo de opresiones puede acabarse con el matrimonio y otras creen que bebiendo alcohol lograrán liberarse de esas formas de sujeción (Moraes), para las *bóias-frias* estudiadas por Vera Botta Ferrante, el reto es imaginar un futuro diferente atreviéndose a luchar colectivamente en sindicatos, presentando demandas laborales o invadiendo la tierra, con la idea de contar con un espacio donde puedan edificar sus ilusiones.

Varios estudios destacan que las relaciones sociales en las que se inscriben estas trabajadoras son dinámicas, y que ellas intervienen tanto en su construcción como en su desconstrucción. De esta manera, resulta importante saber que esa transformación se opera desde el imaginario, desde las formas como ellas simbolizan su trabajo y reformulan los tiempos y los espacios establecidos por las empresas, como los «feminizan», incorporando sus propios tiempos, sus ciclos de vida y sus trayectorias personales (Becerril). Así, si para las empresas el tiempo se relaciona con la productividad y con el mercado, para las trabajadoras los ciclos de producción se relacionan con su vida, con hechos personales que las «han dejado marcadas». Porque el espacio laboral es para ellas al mismo tiempo el espacio «donde ingresaron siendo niñas para salir viejas y cansadas», al mismo tiempo que es un espacio de encuentros amorosos y de conflictos personales por integrar su vida personal y su trabajo. Todo ello «entrelazando su memoria con la cronología de las cosechas», como lo señala Edna Castro.

Indudablemente, las formas de subversión son diversas, porque existen diferencias culturales importantes de un país a otro, a la vez que fuertes semejanzas, y porque la historicidad de estas relaciones ha seguido su propio curso. Pero en cualquier caso, es importante destacar que la transformación de las relaciones en las que se encuentran insertas ha tenido que pasar por su propia imagen, y que en esa imagen su experiencia como trabajadoras ha resultado también una experiencia positiva que las valoriza y les otorga confianza en sí mismas.

I. Flexibilidad productiva, cambios tecnológicos y feminización de la agricultura de exportación latinoamericana